

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



SEGUIDILLAS

Para muchos políticos,
de esos que tragan,
primero son sus dientes
que el bien de España.
Con estas cosas,
España está en los huesos
y ellos engordan.

Mientras el pobre pueblo
ni come sopas,
están comiendo muchos
la sopa boba.
¡Basta de vagos!
Si sopa boba quieren,
darles *sopapos*.

Hay en España muchos,
que yo conozco,
que administrar no saben
los bienes propios.
¡Y esos sujetos,
administrar pretenden
bienes ajenos!

VICENTE RUBIO.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. » trimestre..... 2,50 » año..... 10		EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas. » semestre..... 6 » año..... 12 EXTRANJERO... » año..... 15
		EDUARDO SOJO		

¡DENUNCIA NOS!

El último número de DON QUIJOTE ha sido denunciado.—¡Dios se lo pague al señor fiscal y á quien le inspira!—por la publicación de los siguientes trabajos:

El párroco y el obispo, de Gabriel Merino.

Las mujeres malas, de Pedro Barrantes, y

Monólogo, de D. J. Samaniego L. de Cegama.

Debemos de hacer constar que por esta vez se ha librado del lápiz rojo el pie de imprenta.

¡Pero ya verán ustedes cómo nos lo denuncian también cualquier día de estos!

LAS GRANDES ENERGÍAS

Martínez Campos lo ha dicho, varón sesudo, pensador profundo, sobrio en palabras, gran conocedor de los hombre y de las cosas, nino Egerio de lo existente: no son propios los momentos actuales para que un Gobierno abandone el poder, sino para que despliegue todas las energías que las circunstancias demandan.

¡Bien hablado, voto á mil bombas! ¡Abandonar el poder ante la protesta unánime de la opinión, cuando el país en masa lo exige, cuando dan su fruto de tempestad los vientos que se sembraron, en la hora de la liquidación de las promesas no cumplidas, en medio del horrisono crujir de una nación que se desquical Semejante flaqueza no tendría precedentes en los fastos de los Gobiernos españoles. Para que un Gobierno deba retirarse ó ser retirado, es indispensable que el país le adore, que la opinión le ensalce, que el contribuyente le aclame, que la paz y la prosperidad reinen por doquier, y que cada español tenga una gallina en su puchero. Gobierno que tal lograrse debería caer al punto, jamás el que consigue lo contrario. ¡Retirarse un Gobierno que hace desgraciado al país hasta sacarle de quicio? ¡Eso nunca!

Lo que cumple á un Gobierno así es desplegar grandes energías. Porque ¿qué sería del principio de autoridad si se llegase á probar que Silvela no es hombre de extraordinarios alcances y que Villaverde dista mucho de ser un Necker? La autoridad se vincula en esos patricios, se encarna en ellos, y con ellos se identifica de tal suerte, que se hace indispensable tenerlos por insubstituíbles si no han de sufrir menoscabo los prestigios del poder. La capacidad de los tales es artículo de credo político, materia de fe. Si de hecho no resultaren capaces, peor para el país, al cual no le toca sino soportarlos, según solía decir Silvela en sus buenos tiempos, para impedir que el principio de autoridad quede por los suelos.

Cumplir promesas, reparar agravios, rectificar errores, acallar pasiones, transigir, pacificar, unir, eso no es digno del poder. Lo que al poder corresponde es cohibir, reprimir, imponer, violentar. Su honor está todo él puesto en el *decorum*, la exterioridad, la forma,

el bien parecer. Si yerra, nunca debe confesarlo. Si peca, no debe tolerar que nadie se lo diga. Es en todo rigor el viejo honor caballeresco, que no estriba en evitar la falta, sino en castigar el agravio. Lo que en el individuo sería arrogancia, es en el Gobierno derecho. Lo que en el particular sería obstinación, es en el ministro firmeza.

La razón de lo que sustenta no es lo que importa. Puede

HOMENAJE A CASTELAR



SU ÚLTIMO RETRATO

de haberla ó no. Lo esencial en el gobernante es tener la suya sobre el hito.

La palabra «ceder» no figura aquí en el diccionario gubernamental. Como Bertoldo no encontraba árbol en que ahorcarse, nunca encuentran aquí los Gobiernos ocasión para transigir. ¿A qué ceder mientras la protesta reviste las formas pacíficas del artículo, el discurso, el mitin, la manifestación, la súplica reverente á los poderes públicos? ¿Cómo ceder ante la amenaza, la resistencia, la asonada y el tumulto? Está ello tan en nuestra sangre, que aun los más liberales lo han dicho. Sométase primero Cuba; luego hablaremos de reformas. Deponga Aguinaldo las armas; después se tratará el problema de la frailocracia. Los resultados de esta política á la vista están. Ceder ante la prensa, es trasladar

el poder á las redacciones; ceder ante el motín, es dejarle en el arroyo; ceder ante la insurrección, es abdicar de la propia dignidad.

Así entendemos aquí esas cosas. Quede para otros países el gobernar con la opinión. En ellos se estima que ésta tiene razón siempre, aun en sus propias sinrazones, porque está en su casa y manda en lo suyo. Allí no es el mayordomo el que se impone al amo, sino al revés. Allí el dinero del contribuyente pertenece á su dueño, y no al Estado. Allí los que cobran sirven á los que pagan y no los que pagan á los que cobran. Allí el dueño de la casa conserva al criado á su servicio mientras está contento de él, y cuando no, le despide.

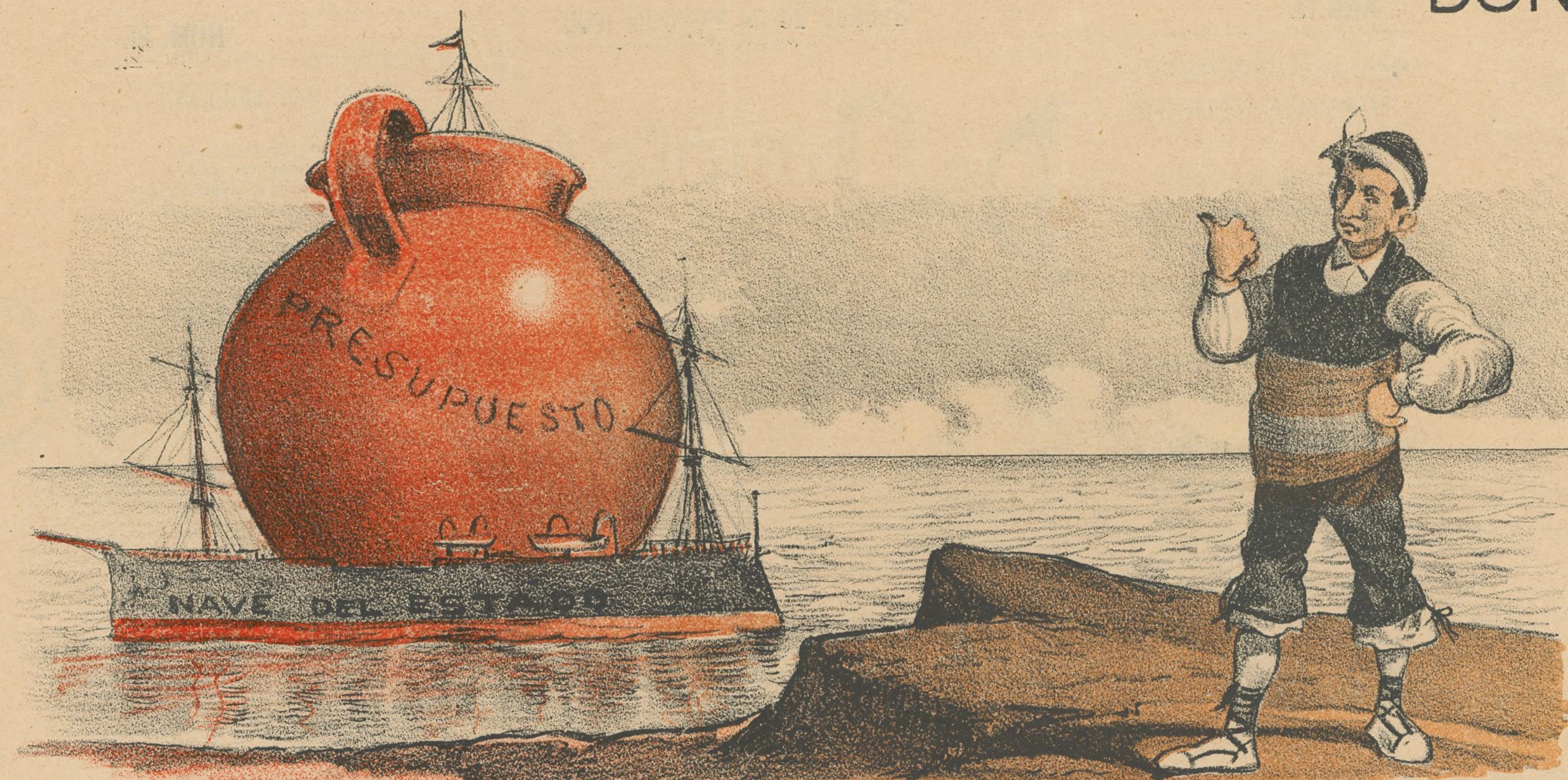
Desplegar grandes energías es todo un programa. ¡Oh, la fuerza! Hegel la justifica, De Maistre la canta, Bismarck la ensalza, Inglaterra la emplea, los positivistas la consideran como el fondo mismo de las cosas y la esencia de la realidad. Pero nadie la ha adorado como nosotros. A despecho de las apariencias, bien puede decirse que la religión de la fuerza ha sido aquí nuestra única religión. Por ella fuimos grandes y por ella somos chicos. A todas partes nos llevó y nos echó de todas partes. Nos dió y nos quitó la Italia, América, Flandes, Portugal, como acaba de quitarnos Cuba y Filipinas. Por la fuerza expulsamos á los judíos, quisimos bautizar á los moriscos y quemamos á los herejes. Por la fuerza se instauró el absolutismo en el país que fué cuna de las libertades municipales, reprimiendo Carlos V comunidades y germanías, aboliendo Felipe II las franquicias aragonesas y Felipe V las catalanas. Por la fuerza logró Fernando VII ahogar el movimiento constitucional. La libertad ha podido á veces prescindir de la fuerza; la reacción nunca. La Constitución del 12, el Estatuto, la República del 73 nacieron pacíficamente. Los movimientos retrógrados del 15, el 23, el 43, el 56 y el 75 fueron obra de la violencia. Sólo la reacción actual se ha ido entronizando pacífica y mansamente. ¿Habrá llegado el momento de ensangrentarla un poco para que no desmerezca de todas sus predecesoras?

ALFREDO CALDERÓN.

LA ORACIÓN POR TODOS

.....
Ruega, hija, por tus hermanos,
los que contigo crecieron
y un mismo seno exprimieron
y un mismo pecho abrigó.
Ni por los que te amen sólo
el favor de Dios implorés;
por justos y pecadores
Cristo en la cruz expiró.
Ruega por el orgulloso
que ufano se pavonea
y en su dorada librea
funda insensata altivez;
y por el mendigo humilde
que sufre el ceño mezuquino
de los que beben el vino
porque le dejen la tez;

DON QUIJOTE



¡Este barco sí que va haber necesidad de desarmarlo!

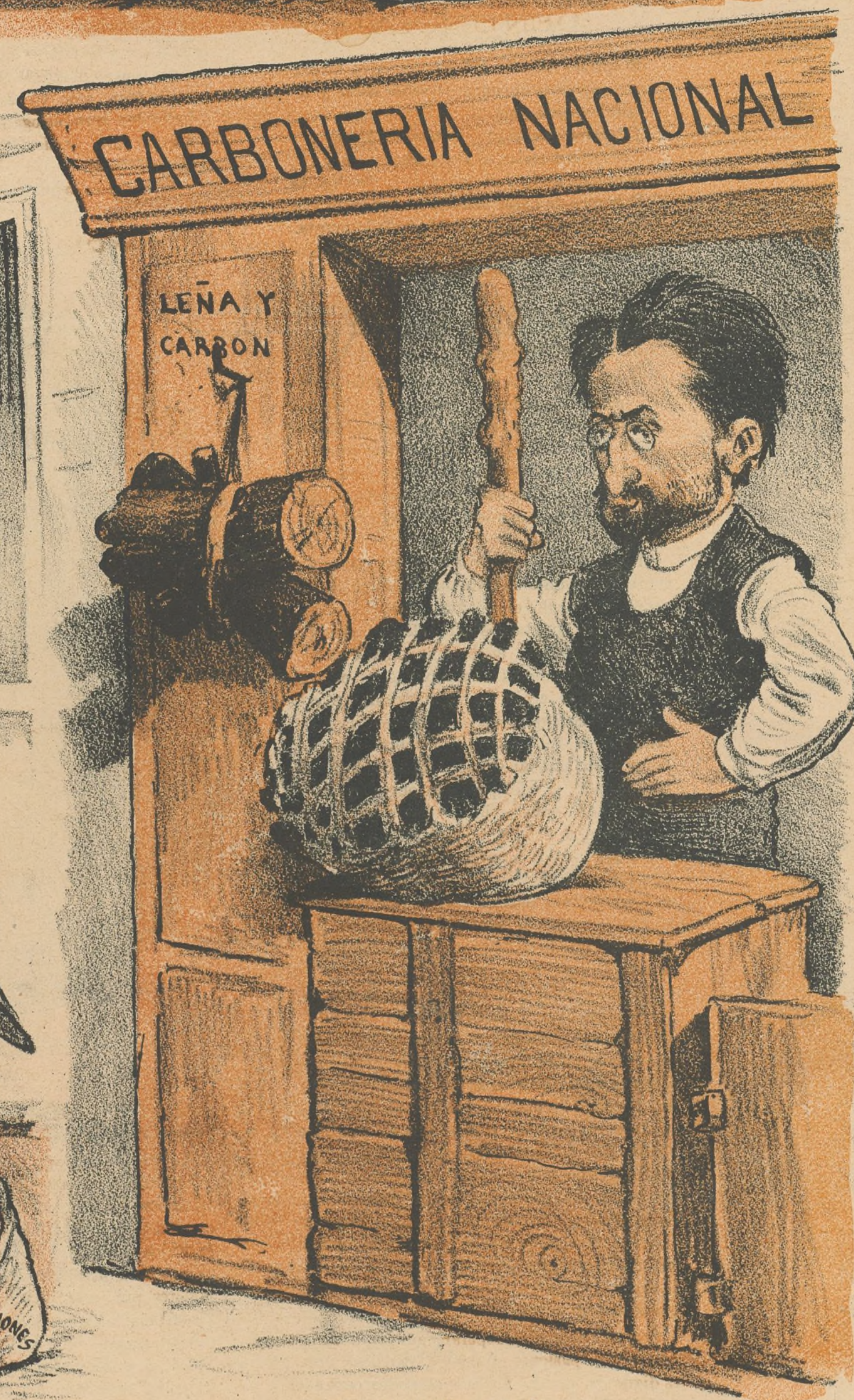


¡Les digo á ustedes que no hay quien me desmonte!

Lab. de la Vinda de M. Benítez, Feris del Valle, 22



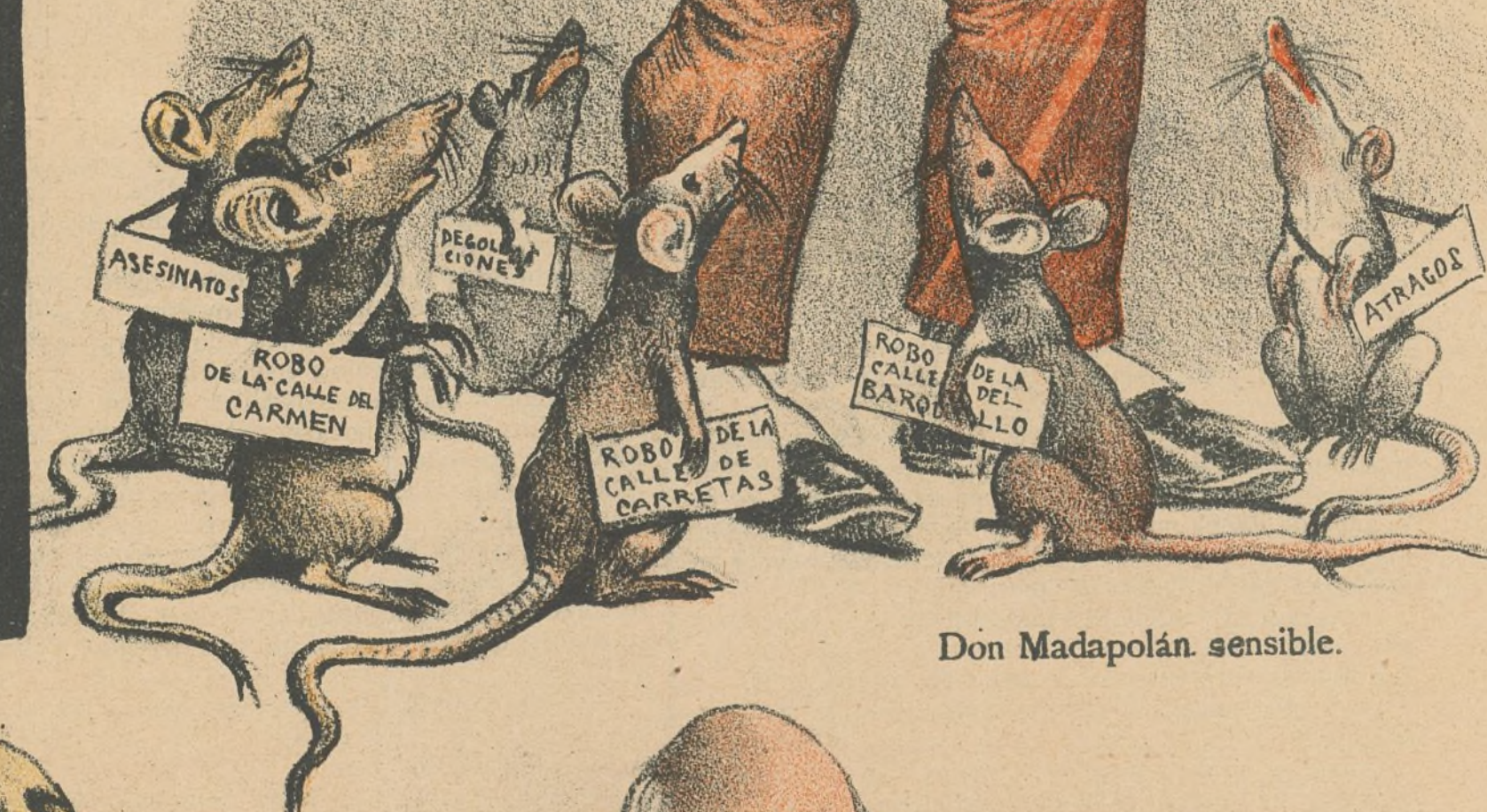
Preparándose á escribir otro letrerito.



¡Que va á haber cisco!



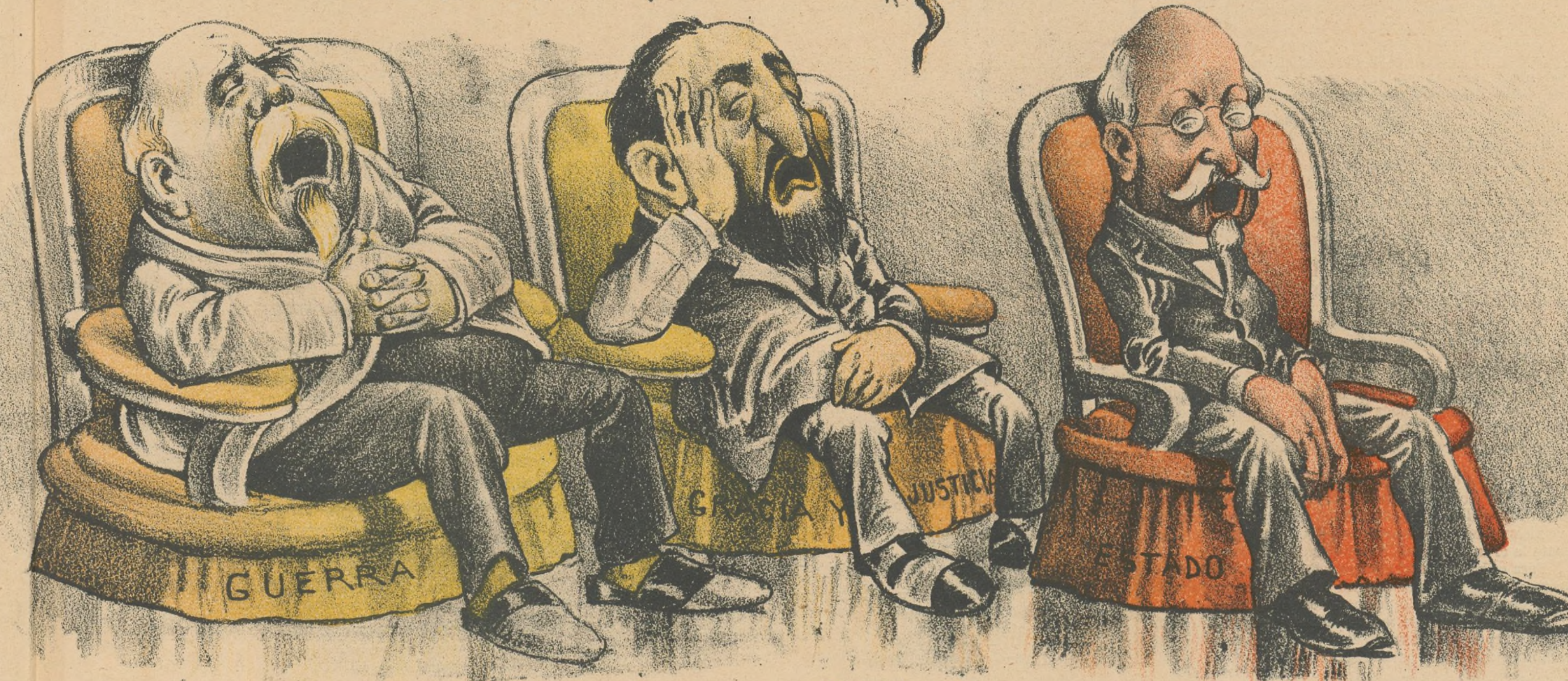
Eclipse total. ¡Y tan total!



Don Madapolán sensible.



¡Pican? ¡Pican



Reorganizando los servicios

por el que de torpes vicios
sumido en profundo cieno,
hace aullar el canto obscuro
de nocturna bacanal;
y por la velada virgen
que en su solitario lecho,
con la mano hiriendo el pecho,
reza el himno sepulcral;

por el hombre sin entrañas
en cuyo pecho no vibra
una simpática fibra
al pesar y á la aflicción;
que no da sustento al hambre
ni á la desnudez vestido,
ni da la mano al caído
ni da á la injuria perdón;

por el que en mirar se goza
su puñal de sangre rojo
buscando el rico despojo
ó la venganza cruel,
y por el que en vil libelo
destruye una alma pura,
y en la leve mordedura
escupe asquerosa hiel;

por el que surca animoso
la mar de peligros llena;
por el que arrastra cadena,
y por su duro señor;
por la razón que, leyendo
en el gran libro, vigila;
por la razón que vacila;
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
los que penan y trabajan;
y de todos los que viajan
por esta vida mortal.

Acuérdate del malvado
que á Dios blasfemando irrita:
la oración es infinita,
nada agota su caudal.

VÍCTOR HUGO.

(Traducción del poeta venezolano Andrés Bello.)

LA CORONADA VILLA TENTACULAR

SUEÑO.—PESADILLA

Yo sueño á menudo; tanto, que hasta hay quien dice
que sueño despierto.

Y ayer he soñado.

Y soné cosas terribles, que eran una verdadera pesadilla.

Soñé que me encontraba en una villa grande, coronada, y tentacular como si fuera un pulpo. Estaba situada en una planicie sobre una altura; rodeábanla estepas y terrenos medio desiertos; y desde allí extendía sus tentáculos para chuparles el jugo vital á las hermosas y fértiles comarcas cercanas, á las cuales bañaban los dos mares: el mar grande y el mar latino.

Esta villa, que antes fué solamente un castillo, se había ido engrandeciendo á la sombra de una corona, y con la ayuda de sus tentáculos chupadores.

Había rey ó reina que reinaban sin gobernar, según la fórmula dictada por algunos *leguleyos*; pero en cambio no faltaba quien en nombre de aquéllos mandase.

Los hombres que se veían allí, habían ido llegando de todas partes, y eran secos, vacíos y sonaban á falso como una olla cascada de tierra cocida. Además, tenían las uñas largas y las ideas cortas, cuando las tenían. Eran sus almas blandas, endebles sus pechos, sus corones helados, y sus palabras dulces y empalagosas como la melaza.

Colocaban á los cadáveres en los más altos asientos, quemándoles incienso. Prestaban su apoyo y aplaudían á los saltimbanquis para que se encaramasen. Y los fenicios que de los puertos de mar iban, con la ayuda de los saltimbanquis que ascendían á ministros, acuñaban monedas con las cuales les pagaban.

Los grandes y ardientes pensamientos; los apagaban allí, ó aplastabanlos tirándoles encima helado plomo. Los fuertes asfixiábanse y huían, ó se negaban á ir.

Las conciencias, sucias como toallas usadas, y las inteligencias pobres y flacas como tripas con agujeros, colgábanlas en las redacciones, y con unas cuantas cerraduras del espíritu se hacían periódicos. Y de la misma pasta de éstos, que ni para fabricar bacines es buena, salían diputados y hasta ministros.

El vaho de los espíritus abatidos y el sudor de los parias, alimentaba y sostenía á los príncipes del poder y de la milicia.

Todos los grandes sentimientos habían de ocultarse ó eran penados. Sólo los sentimientos bajos y mezquinos vivían á sueldo. Las virtudes muy pequeñas eran allí hábiles y obtenían ocupación lucrativa.

Todo era falso. Hasta el oro de la palabra allí era latón.

Hacíase todo con fórmulas. Había recetas para ser bueno, para ser sabio, para hacer la felicidad de la patria, etc., etc., etc.

Había mucha piedad beatífica y mucha concupiscencia devota. Al Dios crucificado hacíanlo rey de todas las bajezas. Al pie del Calvario se arrastraban serpientes, víboras y lagartos.

Los ricos pedían limosna en coche. Y judíos había que iban á misa después de cobrar por adelantado el tres por seis de la usura, y, sin embargo, la gente los saludaba, y á veces hasta les ofrecían títulos de nobleza.

Vi muchos que saliendo por la mañana de debajo del árbol de la libertad andaban erguidos y á grandes pasos, dirigiéndose á las alturas del saber; y por la tarde veíalos retroceder encorvados para llegar arrastrándose ante la cruz y el trono, á cuyo lado había un pan.

Para que uno fuera alguien, era forzoso que se agregara á otros, porque allí no había más que rebaños mandados por lobos ó por pastores sin cabeza.

Siendo sofocante la temperatura en esta villa, el ambiente era de hielo aun en el rigor del estío. Allí el verano nunca llegaba para el alma.

Los del pueblo eran ignorantes é indolentes, cuando no corrompidos, asquerosos y agrios. La crueldad y la sangre era para ellos el atractivo más voluptuoso. Y sus pecados no perdían á aquel pueblo, no, sino el acobardamiento, la satisfacción de su bajeza crónica y el aceptar lo presente como cosa irremediable. Era un producto, aborto de planta y de fantasma.

Para lucirse se vestían de hermafroditas. Eran imitadores: desconocían el amor, la pasión, la sublección heroica y las creaciones grandiosas. Todo era pequeño hasta el Teatro y la Crítica: «ninguno sabe nada, ninguno vale nada. Todo es igual». Ved aquí su Evangelio. Disfrazaban de virtud el temor al grillete ó la cadena, ó bien la impotencia ó la pereza para el vicio. A los que figuraban, la propia cara les servía de careta, y sin ser Carnaval iban todo el año disfrazados.

Vi pasar sacos de palabras llenos de letras muertas, á los que saludaba todo el mundo. En otros iban reparaciones, estantiguas del pasado, rebujadas con textos que semejaban flores inodoras, porque ya se les había evaporado la esencia. Así fueron pasando delante de mí los sabios de aquella metrópoli, enfatuados, tiesos y serios como burros. Otros cubiertos con hermosas capas llevando signos de poder ó de nobleza; mas aquellas capas medio cubrían tan sólo esqueletos repugnantes que exhalaban un vapor muerto de conciencia negra ó humo espeso de bestialidad grandísima. Llegaban otros diciendo: «Nosotros somos los mejores, somos los realistas, los positivos.» Y eran pequeños, bajos y contrahechos. Los que allí pasaban por graves eran los pesados como mamarrachos de plomo. Y tras éstos venía una multitud de rostros pálidos y sin expresión, que cantaba—haciendo contorsiones con el cuerpo, y con las manos signos en el aire, cual atacada de epilepsia—una canción triste, como el planifir de las músicas de entierro, ó como el de los Candalas de la India. Estos no comían, bebían solamente, y se daban, de cuando en cuando, alguna puñalada. Yo me afixiaba. Quería escaparme, volar adonde gozara de la plena naturaleza. Un hedor de cementerio atrofiábame los sentidos... ¡Ah, qué agonía!

Como un nublado, pasó una bandada de gente que perseguía no sé qué, secos, hambrientos, mal vestidos, con levitas que fueron negras y sombreros de copa despedados: «Ansiamos la actividad—gritaban—; pero no la actividad que fructifica, sino la de algún empleo. Y la turba, á empujones y atropellándose, pasó, dejando como rastro algunos trapos y papeletas de empeño.

A esta visión sucedió otra.

Vi una cosa que me llenó el alma de espanto y el pensamiento de tristes meditaciones.

Un monstruo gigantesco echado en tierra y de terrible aspecto, obscuro como la noche, con la frente corta, la cara estúpida é indolente y la mirada codiciosa. Encima tenía escritos caracteres que me parecieron originarios del árabe y no los pude entender. Su cuerpo, tendido sobre el terreno, tenía los pies apoyados en el Sur del territorio y la cabeza ocupaba un lugar ante una puerta, impidiendo así que entrase el sol y la luz. Por eso era tan obscuro.

Tenía las orejas largas y caídas como para escuchar los bramidos que de abajo viniesen, y los brazos arqueados como para circundar con ellos una figura humana, una figura de hombre desnudo que aún ignora si tendría alma.

Este hombre estaba de pie, con la cabeza baja, como hipnotizado por el repugnante monstruo; se hallaba en cadeno de las manos, dejándole la largura de la cadena solamente la acción necesaria para cumplir con las funciones más indispensables. Veíase abatido, inmóvil. Los brazos caían con desaliento, cual su cabeza, inclinada hacia la tierra. Su cuerpo enjuto y de excelente musculatura, más que por la cadena, estaba aprisionado é inmóvil por la fascinación del monstruo. Si hubiese querido, habría roto los hierros y escapado de sus garras por la parte de Levante que era la única libre. Hubiera podido hasta aprisionar al monstruo con su misma cadena si así lo hubiese deseado... ¡Pero no se movía!

—¿Estás muerto?—le grité, mas no me respondió.
—¿Qué haces ahí tan quieto? Haz como San Jorge!
¡Dale muerte al dragón!

Por toda respuesta me miró como enojado de que le propusiera un imposible. El monstruo gruñó en su lenguaje áspero y clavó con furia en mí sus ojos téticos.

Desapareció esta visión y presentóse á mi vista un mercado donde todo se vendía; entonces exclamé: —¿Dónde está la columna de fuego que destruye el Mal y todo lo purifica girando delante de un nuevo profeta?...
Y al exclamar esto sentí un gran sobresalto, me desperté, y...

Lo peor de todo es que al despertar del sueño halléme con que cuanto había soñado era verdad. Si; verdad pura.

POMPEYO GENER.

¡POR MI MADRE!

—Échame otra copa.

—Tómala,

y dime tu nombre.

—Amparo.

—Mientes.

—¿Qué miento? ¡Pues, bueno!

Tú sabrás cómo me llamo

mejor que yo.

—No es tu nombre

ese.

—¡Jesús, qué pesado

te vas poniendo!

—Perdona

si otra vez insisto...

—Vamos,

sirve más vino y no seas

cargante.

—Curioso, acaso.

—Pues vaya el señor curioso

al punto á freir espárragos,
y eche vino, porque tengo
una sed horrible.

—Escancio.

(Breve pausa.)

—Ya me siento un poco alegre.

—Así es mejor.

—Me emborracho

esta noche.

—Conque dime...

—¿Otra pregunta?

—¡Pues claro!

—De dónde eres?

—De Jetafe.

—¡Embustera!

—¡Bah! Te ha dado

por no creermelo.

—Tu acento

es andaluz.

—Son resabios

de la niñez. En Andújar

de niña estuve, y no es raro,

que al hablar cecees un poco...

pero ¡echa más vino!

—¡Diabolo!

Vas á acabar por tomarla.

—Es lo que deseo.

—¿Cuántos

años tienes?

—¿Más preguntas?

—Dios, qué *pelmal*! Pues el cuatro

del mes que pasó, he cumplido

diecinueve.

—No es exacto

eso tampoco.

—Te juro...

—Debes haberte quitado

lo menos seis.

—Como quieras.

—Otra copa!

—Ahí va.

—Estimando.

Dame otra.

—Toma.

—¡Otra... otra!...

¡Gracias! Este vino rancio

es superior.

—Amparito,

¿viven tus padres?

—¡Mal rayo

te parta, que esa pregunta

como un puñal se ha clavado

en mi alma!

—Pero ¿viven?

—Mi padre sí. Está en Fernando

Póo...

—¿Extinguiendo condena

quizá?

—Por asesinato.

—¿Y tu madre?

—Ya hace tiempo

que á la pobre la enterraron.

Yo no estaba allí.

(Amparo llora en silencio.)

—¿Qué es eso?

—Nada... cosas del pasado...

recuerdos...

—(Ahora no miente.

Todavía en ella hay algo

bueno.)

—¡Otra copa!

—No bebas

de ese modo. Más despacio.

—Es que el vino es el olvido,

y el dolor es muy amargo.

—Estás enferma.

—No importa.

—¡Vamos,

que no quiero que te embriagues!

—¡Por tu salud!

—No hago caso

de tu ruego.

—¡Por tu amada!

—Tengo el corazón helado

hace tiempo.

—¡Por la gloria

de mi madre!

—¡Toma el jarro!

PEDRO BARRANTES.

LIBROS

José M. Matheu, uno de los pocos novelistas que nos quedan, ha publicado, con el título de *Gentil Caballero*, un nuevo y hermoso libro, de esos que se leen hoy y se vuelven á leer mañana; un libro de verdadero interés artístico.

Sepa el lector que el libro de Matheu se halla de venta en todas las librerías al precio de tres pesetas.

El distinguido escritor D. Luis de Terán ha publicado una colección de deliciosos cuentos titulados *Violetas*.

Las señoras de los sábados blancos y los señores de los martes verdes pueden adquirir este libro por la módica cantidad de dos pesetas.

¡Y luego dirán que las violetas van caras!

La *Biblioteca Moderna*, que dirige el amigo Poveda, ha dado á luz, con toda felicidad, un nuevo volumen: *Noches de verano*, del notable escritor—con permiso de *Clarín*—Jacinto Benavente.

Citado el nombre del autor, queda hecha la recomendación del libro.

Precio: 50 céntimos.

¡Igual que una cajetilla de cigarros!

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12